

brados la ética contemporánea y que han abocado, todas ellas, a la desfundamentación, la vacuidad y el desconcierto.

Éstas y varias otras doctrinas fueron desarrolladas por el filósofo de Münster a partir de la experiencia y de la razón, pero siempre en el marco provisto por la fe cristiana. Efectivamente, para Pieper la filosofía sólo puede alcanzar su límite en el contexto de la fe, ya que de lo contrario se cae en un «especialismo» estéril o en un panteísmo idealista de matriz hegeliana. «Posiblemente —escribía Pieper— se constatará que más de una vez he traspasado los límites que se le han impuesto al filósofo. Asumo ese reproche. Sin embargo, sólo tendrá razón allí donde la línea divisoria entre el vestíbulo y el *sancta sanctorum* quede claramente visible. Es necesario distinguir entre filosofía y teología; pero mantenerlas separadas me parece no sólo apenas posible sino, sobre todo, ilícito, ya que ambas acaban así siendo igualmente estériles». Ésta es, por otra parte, la actitud que han asumido todos los genuinos pensadores cristianos de este siglo: conscientes de que la gracia eleva a la naturaleza, no han despreciado irreflexivamente sus luces, sino que las han asumido positivamente en sus intentos de comprensión del mundo contemporáneo.

Estas posiciones de Pieper le valieron en algunos círculos el mote de «anticuado», aunque, es preciso reconocerlo, nada sea más necesario hoy en día que este tipo de «anticuados». En ese sentido, ha escrito Hans Urs von Balthasar que «debemos un profundo agradecimiento a Josef Pieper por repetirnos sin descanso, en sus meditaciones pasadas de moda, aquello de lo que más necesita saber nuestro tiempo». Es posible sostener por ello, parafraseando a Karl Löwith, que Pieper ha sido un pensador esencial para este tiempo indigente: indigente de sentido de la realidad, indigente de actitud contemplativa, indigente de auténtica comprensión del ser, y, sobre todo, indigente de apertura al Ser trascendente, que otorga significado a todo lo real y, en especial, a la entera vida humana. Josef Pieper sabe ahora, abandonadas las limitaciones de este mundo, mucho más de todas estas verdades, es decir, de lo que realmente vale la pena saber.

CARLOS I. MASSINI CORREAS

Universidad Nacional de Cuyo. Universidad de Mendoza.
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.



JOSÉ MARÍA DE ESTRADA (1915-1997)

A los ochenta y dos años falleció en Buenos Aires el Dr. José María de Estrada, quien había nacido en Mar del Plata en 1915 en el seno de una familia que ha ofren-

dado hombres ilustres a la vida política, académica y literaria. Estrada se consagró a la filosofía ni bien hubo dejado atrás la adolescencia. Su juventud le muestra abocado con entusiasmo a los estudios filosóficos, coronados en 1943 con la obtención de la láurea doctoral de la Universidad de Buenos Aires. Gozó del privilegio de haber sido uno de los beneficiarios que la enseñanzas impartidas en los añorados Cursos de Cultura Católica que ennoblecieron la vida espiritual y científica argentina como ninguna otra institución lo ha hecho hasta ahora. En ese medio trabó relación con personalidades y doctrinas siempre presentes en su pensamiento y en su afecto. Caesares, Pico, Meinvielle, Sepich, Derisi, Garrigou-Lagrange y Maritain le introdujeron en el tomismo, al mismo tiempo que su espíritu, encariñado con las más diversas manifestaciones de la belleza, le movió a entergarse a una auténtica contemplación filosófica de la armonía de formas poéticas y pictóricas obsequiadas por aquella extraordinaria generación de artistas de entonces donde brillaban Lugones, Marechal, Fichman, Guillermo Butler, Bernárdez, Dondo, Vallejos, Ballester Peña y Juan Oscar Ponferrada. La admiración y gratitud que le suscitaba el recuerdo de esas jornadas ya lejanas quedó fielmente expuesta durante su intervención en la última Semana Tomista celebrada en Buenos Aires apenas tres meses antes de su deceso.

Estrada desarrolló una larga actividad docente en Buenos Aires y La Plata hasta el final de su vida. Formó parte del claustro de fundadores de la Universidad Católica Argentina y se sumó a la Sociedad Tomista Argentina desde sus pasos iniciales en 1948. Su palabra oral y escrita trasuntaba la misma serenidad de su vida y de sus teorizaciones, felizmente expresadas también en una serie de libros y artículos que no fueron destinados a un mercado, sino tan sólo a testimoniar principios suscritos con una firmeza no exenta de caritativa comprensión hacia las opiniones que no compartía.

La esencia del arte (1944) fue el primer libro publicado por Estrada. Sus páginas reflejan las presencias notorias de las doctrinas de Maritain y de Derisi. Con él pasó a formar parte del valioso y prolífico movimiento de autores argentinos que se han destacado en el cultivo de la estética. En esta misma línea, pero ahora con un énfasis singular en el enraizamiento del arte en nuestra naturaleza y en el despliegue de sus virtudes, apareció en 1947 *La vida y el tiempo*, una de las piezas filosóficas más hermosas y profundas que vieron la luz en nuestra patria. El epílogo de esta obra («Coloquio intemporal sobre el tiempo», pp. 81-95) merece leerse una y otra vez en razón de la altura especulativa que alcanza el diálogo imaginario entre Fedro y Teófilo. Las confesiones de este último a su interlocutor congregan el resumen de la concepción sustentada por Estrada acerca de la tarea del artista: «Vuestro Demiurgo encontraba la materia eterna por una parte y las Ideas también eternas por otra; su trabajo consistía en hacer mezclas: él fabricaba, pero no creaba; de ahí su semejanza con el artista; pero no veo en todo ello mucho más que espléndidos signos» (p. 92).

De 1948 data su *Breve introducción a la metafísica*, donde, además de Maritain y Derisi, han pesado en Estrada las elucubraciones admiradas de Sertillanges, Garrigou-Lagrange y Gilson. Pero más relevante todavía es la *Filosofía del tiempo* de 1955, libro que le exhibe compenetrado de la densa problemática del tiempo agitada tradicionalmente en el campo de la física, si bien ello no le impidió advertir que una

porción considerable de la cuestión requiere un análisis metafísico que no siempre se le ha deparado. Un año más tarde, Estrada editó *El legado del nacionalismo*, un alegato a favor de la necesidad de preservar y fortalecer las raíces hispánicas y católicas que han trazado la matriz de la convivencia humana en la Argentina.

El Ensayo de antropología filosófica fue puesto en circulación en 1958. No contiene un esquema sistemático; sí, en cambio, una visión del hombre cuya originalidad se debe apuntar. Baste la cita de los títulos de sus capítulos para comprobarlo: «La vida», «El signo en la vida humana», «El lenguaje», «La verdad y la persona» y «El arte». No hay aquí el menor alarde de erudición. Estrada se ha constreñido a explayarse sobre el ente humano ateniéndose a las verdades nucleares concluidas por la razón filosofante cuando se ha empeñado en desentrañar su esencia, los atributos que le pertenecen y su entroncamiento con el ser que le actualiza convirtiéndole en «sujeto de operaciones humanas, [en un] ser sustantivo, independiente e incomunicable en sí mismo» (p. 137).

La Breve estética filosófica de 1989 cierra la producción escrita de Estrada. Retoma en ella las inquietudes que la han acompañado a lo largo de toda su vida. La virtud del arte, hoy escarnecida arbitrariamente por ataques desenfrenados a la técnica que no parten de una justipreciación de sus cualidades, sino de una reacción melancólica e irenista contra su humano mal uso, vuelve a ser reconsiderada a través de una fina evaluación del magnífico portento inventivo y recreador que destila el artista, quien representa con gallardía el señorío alcanzado por la humanidad en su acto regitivo de la naturaleza inferior y en su imitación —a distancia infinita, pero imitación al fin— de la maravilla de la creación divina del universo.

Ocho artículos de Estrada han honrado la trayectoria de *Sapientia*: «Reflexión acerca del principio de identidad» (VIII [1953] 276-282); «Dos notas acerca del signo» (XI [1956] 221-227); «Arte y metafísica» (XIX [1964] 177-193); «La esencia de lo estético» (XXXIII [1978] 9-16); «El pensamiento filosófico de Octavio Nicolás Derisi» (XXXV [1980] 183-188); «Libertad y temporalidad» (XLI [1986] 67-74); «Limitación de la antropología filosófica» (XLIII [1988] 105-108); y, por último, «El saber del arte» (XLVI [1991] 187-190). La reunión de estas contribuciones y del resto de su obra en un volumen que permita analizar y aprovechar íntegramente su valioso pensamiento filosófico es un cometido a tenerse en cuenta de ahora en adelante.

Sapientia rinde su homenaje sincero al distinguido filósofo y querido amigo que nos ha precedido en el regreso a la casa del Padre Eterno.

MARIO ENRIQUE SACCHI